

El orden social contemporáneo como desafío central

The contemporary order as central challenge

PHD. JOSÉ PAULO NETTO

El doctor José Pablo Netto es Profesor Titular del Departamento de Métodos de la Escuela de Serviço Social de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (Brasil) e Investigador del Conselho Nacional de Desenvolvimento Tecnológico (CNPq/Brasil) con más de diez libros publicados. Av. Pasteur 250, Campus Praia Vermelha, ESS Praia Vermelha - Rio de Janeiro - RJ CEP: 22290-240; jpnetto@uol.com.br

Resumen

El autor recoge el desafío planteado por el Congreso: el desigual orden contemporáneo, y hace un llamado por un compromiso profesional enmarcado en lo que él describe como un Servicio Social crítico, que busca contraponerse frontalmente al reino de las desigualdades. El profesor Netto se refiere a la desigualdad en Brasil y América Latina y sostiene que superar esta condición, más que una simple petición de un principio ético o una aspiración subjetiva o una demanda político-ideológica de sectores de izquierda, es para el Servicio Social una insoslayable exigencia cívica. Para explicar la situación describe las consecuencias del ajuste neoliberal en la región y establece que el desafío para el servicio social no se sitúa en el ámbito de técnicas o procedimientos interventivos - vale decir, no se insertan en el circuito instrumental, si no éste se inscribe en el ámbito de la comprensión del significado social de su intervención, y este significado sólo es inteligible si se dilucidan las condiciones en que las relaciones sociales se procesan en la sociedad contemporánea.

Palabras claves (Desigualdad, servicio social crítico, neoliberalismo, intervención social, contexto social)

Abstract

The author takes the challenge posed by Congress: the unequal contemporary order, and calls for a professional commitment framed by what he describes as a critical social service, which seeks to frontally resist the kingdom of inequality. Professor Netto concerns inequality in Brazil and Latin America and argues that this condition rather than a simple call for an ethical principle or an aspiration or a subjective demand of ideological-political left sectors, for Social Service is a major civil requirement. To explain the situation, the author describes the consequences of neoliberal adjustment in the region and establishes that the challenge for social service does not fall within the scope of techniques or procedures of the intervention, but it falls within the scope of understanding the social meaning of the intervention, which is based on the conditions under which social relations are processed in contemporary society.

Key words linequaity, critical social service, neoliberalism, social intervention social, social context)

Introducción

La propuesta de esta 33ª Conferencia Mundial de Escuelas de Servicio Social Crecimiento y desigualdad. Escenarios y desafíos del Servicio Social en el siglo XXI, no podía ser más pertinente. Agradezco la invitación y ofrezco a todos estas hipótesis de trabajo, para que enfrentemos los desafíos que nos son colocados como docentes y ciudadanos. El tema es pertinente, porque la denominada *cuestión social*, espacio en que la desigualdad se expresa como evidencia flagrante y de la cual se desprenden las problemáticas centrales de las que se ocupa el

Servicio Social, se nos presenta con una magnitud exponencial en este comienzo del siglo XXI. En palabras de Mello, el cuadro mundial de desigualdad en que nos movemos puede ser descrito de la siguiente forma: "Los países ricos, que representan sólo 15% de la población mundial, controlan más del 80% del rendimiento global, siendo que aquellos del hemisferio sur, con 58% de los habitantes de la tierra, no llegan al 5% de la renta total. Considerada, entonces, la población mundial en su conjunto, los números del apartheid global se estampan con mayor claridad: el 20% más pobre dispone apenas de un 0,5% de la renta mundial, mientras los más ricos, del 79%. Basta para esto pensar

que un único banco de inversión, el Goldman Sachs, divide anualmente el lucro de US\$ 2,5 billones de dólares entre 161 personas, mientras que un país africano, como Tanzânia, con un PIB de apenas US\$ 2,2 billones, tiene que sustentar 25 millones de habitantes. La concentración de la riqueza llegó al punto que el patrimonio conjunto de 447 billonarios, es equivalente a la suma de toda la renta de la mitad más pobre de la población mundial, es decir, cerca de 2,8 billones de personas” (Mello, 1999: 260)

En el desarrollo de mi exposición abordaré con detalles este cuadro de proporciones absolutamente dramáticas, en el cual se destacan tres dimensiones: “la creciente distancia entre el mundo rico y el pobre (y dentro del mundo rico, entre sus ricos y sus pobres), la ascensión del racismo y la xenofobia; y la crisis ecológica del globo, que nos afectará a todos” (Hobsbawm, 1992:104). Sin embargo, quiero partir con la perspectiva profesional en la que se inserta mi argumentación:

Un servicio social comprometido con la igualdad

Actualmente, el universo del Servicio Social latino-americano es claramente un mundo plural. Y al contrario de ciertos nostálgicos de un idílico tiempo de unanimidades amorfas, pienso que esto es una demostración inequívoca de las potencialidades profesionales y de la sintonía del Servicio Social con los conflictos y tensiones que dinamizan las diversas sociedades latinoamericanas. Esto no significa que todas las vertientes tengan igual valor o significado social. En ellas coexisten corrientes extremadamente conservadoras con otras marcadas por un izquierdismo romántico-utópico. Sin embargo, estoy convencido que la diversidad, además de propiciar riquezas para el debate de las ideas, expresa la diferenciación de proyectos societarios que se confrontan en nuestro subcontinente¹.

La instauración del pluralismo en este universo dice relación con el movimiento de reconceptualización, surgido hace ya 40 años². En su heterogeneidad, este proceso de renovación rompió con el conser-

vadurismo de la profesión, criticando la neutralidad político-ideológica, denunciando la debilidad teórica de sus fundamentos y demostrando la extrema limitación de sus impactos en la intervención social. Las dictaduras latinoamericanas de los 70 no hicieron viable su desarrollo, pero su legado trascendió a través de la acción del CELATS y el apoyo de la Asociación Latinoamericana de Escuelas de Servicio Social (ALAETS), consolidando una vertiente crítica en el universo profesional³.

La concepción de Servicio Social fundamentada en el *Código de Ética Profesional brasileiro*⁴, explicita su compromiso con la igualdad social, entendida no como una ecualización homogeneizadora de los individuos, sino como la única condición capaz de propiciar a todos los supuestos para su libre desarrollo. Así, la igualdad se opone a la desigualdad y no a la diferencia, de hecho lo que se opone a la diferencia es la indiferencia. Es más, precisamente para que los individuos se desarrollen explicitando sus auténticas diferencias es que se torna imprescindible la igualdad social. En este marco se inscribe un Servicio Social crítico que busca contraponerse frontalmente al reino de las desigualdades. Es en él que vivimos en Brasil y América Latina.

La desigualdad en Brasil y América Latina

La desigualdad en Brasil es tal, que el mayor historiador marxista vivo sostuvo que mi país era “un monumento de injusticia social y candidato a campeón mundial de la desigualdad económica, donde el 20% más pobre de la población se divide el 2,5% de la renta de toda la nación y el 20% más rico con los dos tercios de esa misma renta” (Hobsbawm, 1995:397)⁵. Estudios reciente muestran que 5.000 familias, en un país de 180 millones de habitantes, se apropian de una riqueza equivalente a 2/5 de todo el flujo de renta generado por la sociedad brasilera durante un año. Tales familias embolsan el 3% de la renta nacional total con su patrimonio que representa cerca del 40% del PIB brasileiro (Campos, Barbosa, Pochman, Amorim & Silva, 2004: 11-29).

1 Para un mayor análisis de este aspecto ver: “La construcción del proyecto ético-político del Servicio Social frente a la crisis contemporánea”, in E. Borgianni, Y. Guerra e C. Montaña (orgs.), *Servicio Social Crítico: hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. S. Paulo, Cortez, 2003.

2 Un análisis más profundo verlo en N. Alayón (org.), *A 40 años de la Reconceptualización*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2005.

3 Ver revista Del CELATS *Acción Crítica*, especialmente em El documento *Servicio Social en América Latina. Balance y perspectivas*. Lima, Ediciones Celats, 1983.

4 *Assistente Social: ética e direitos. Coletânea de leis e resoluções*. Rio de Janeiro, CRESS/7a. Região-RJ, 2005.

5 Recordemos que el “coeficiente de Gini” es el indicador más usado para referirse a las desigualdades, variando de 0 (cero - perfecta distribución de renta) a 1 (uno - total concentración de la renta).

Pero la desigualdad no es sólo una panacea brasileña, ella marca el conjunto de las principales sociedades latinoamericanas. Como sostiene un calificado analista: "...América Latina es la región del planeta donde existen las mayores desigualdades y donde los más ricos reciben una mayor proporción de renta. A pesar de tener un PIB per capita intermedio, América Latina presenta el mayor porcentaje de renta para los 5% más ricos y el menor porcentaje de renta para los 30% más pobres entre todas las regiones del planeta" (BID, 1998: 119). De hecho, en la entrada del siglo XXI, América Latina permanece con sus venas abiertas (E. Galeano). De allí que esta condición es para Servicio Social, más que una simple petición de un principio ético o una aspiración subjetiva o una demanda político-ideológica de sectores de izquierda: **ella se muestra como una insoslayable exigencia cívica.**

Cabe observar, además que la desigualdad es un fenómeno recurrente, aunque con patrones diferenciados, en el conjunto de las sociedades capitalistas. Incluso en la mayor potencia capitalista, en los Estados Unidos, el coeficiente de Gini entre 1968 y 1994 aumentó un 22,4%. En este período, en el quintil más rico la renta creció un 44%, mientras que la renta de la renta media del quintil más pobre creció apenas un 8% (Op. Cit, p. 82). Tales procesos de concentración de renta son fenómenos planetarios: hay datos que muestran que en términos de distribución de renta mundial, entre 1988 y 1993, la participación de los 10% más pobres cayó de 0,9 a 0,8%, mientras que el 10% de los más ricos subió de 46,9 a 50,8% (Op. Cit. p. 86).

Pobreza y desigualdad

A esta altura de nuestra argumentación, es preciso colocar una problemática conexas a la desigualdad: la problemática de la pobreza. La mensuración de la pobreza envuelve cuestiones de naturaleza técnico-política y de orden instrumental. Los indicadores que pueden ser construidos son siempre objeto de polémica ya que presentan resultados muy diversos (Salama & Destremau, 1999), sirviendo incluso como medios de mistificación político-ideológica, como es el caso del Banco Mundial (Chossudovsky, 1999:35). Pero con cualquiera de ellos, la pobreza es una marca constitutiva de las sociedades latinoamericanas.

Si en 1987, el Banco Mundial contaba 70 millones de pobres y 50 millones de indigentes en América Latina⁶, en 1996 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo/PNUD estimaba que, a mediados de los años noventa del siglo pasado, en América Latina vivían 110 millones de personas por bajo de la línea de la pobreza (dos dólares diarios por persona), lo que representaba 24% de la población del subcontinente (PNUD, 1997). En la última década, había en América Latina 42 millones de adultos analfabetos, 55 millones de personas sin acceso a servicios de salud, 109 millones sin servicios de agua potable, 5 millones de niños menores de cinco años subnutridos y 36 millones de personas sin esperanza de vivir más de 40 años (BID, 1998: 87); y datos de 2004 según la CEPAL indicaban que 44% de la población residían en favelas o áreas con precaria infra-estructura.

Ya desde el último tercio del siglo XX, la pobreza dejó de ser visible sólo en los países en desarrollo. Estados Unidos, mediante su Escritorio del Censo, consideraba en 1986 que la pobreza incluía a 18,2% de su población, en datos más recientes ella llegaba a 20% (Chossudovsky, 1999: 36). No es casual que el PNUD en el 2005, sostenía la enorme desigualdad existente en Estados Unidos en relación al acceso a los servicios de salud y sus efectos (PNUD, 2005)⁷. A su vez, a finales de los ochenta existían 50 millones de pobres en la Unión Europea (Atkinson, 1998); en 1994 un 11,8% de sus familias vivían en una situación de pobreza (Eurostat, 1998). En datos del PNUD en 1998, dos estudiosos observaban que los países de la OCDE tenían más de 100 millones de personas viviendo debajo de la renta individual media disponible (Salama & Destremau, Op. Cit. p.93-94).

Por otra parte, es necesario decir que la pobreza y la desigualdad no se agotan o reducen a sus aspectos socio-económicos. Ambas se tratan de problemáticas pluridimensionales (Fitoussi & Rosanvallon, 1996; Salama & Destremau, Op. Cit.). Sin embargo, la condición de comprenderlas consiste precisamente en partir de su fundamento socio-económico. Cuando ese sustrato es minimizado, el resultado es una naturalización o la culturización de ambas. En las sociedades en que vivimos —es decir, formaciones económico-sociales fundadas en el dominio de

6 Para el banco, la línea de indigencia (o pobreza extrema) estaría en una renta anual de 275 dólares, de pobreza una renta anual de 370 dólares. Ver Banco Mundial, *World Development Report 1990. Poverty*. Washington, Banco Mundial, 1990.

7 Para una primera aproximación a las condiciones sociales contemporáneas de América del Norte, ver: J. Petras, *Neoliberalismo: América Latina, Estados Unidos e Europa*. Blumenau, FURB, 1999, pp. 189-219.

la producción capitalista—, pobreza y desigualdad están íntimamente vinculadas, ya que un componente insuprimible de la dinámica de la producción capitalista es la explotación. Sin embargo, los patrones de desigualdad y pobreza no son meras determinaciones económicas, ellos se relacionan a través de mediaciones extremadamente complejas y de determinaciones de naturaleza político-cultural, que se expresan en las diversas formaciones económico-sociales capitalistas.

Crecimiento económico, pobreza y desigualdad

La nomenclatura usada hasta ahora modo de producción capitalista, formación económico social, nos remite claramente a la tradición teórica fundada por Marx. Es en esta perspectiva, que reivindico explícita y frontalmente el desarrollo capitalista y la producción exponencial de riqueza, así como la producción reiterada de pobreza. Este trazo, propio de la dinámica de desarrollo capitalista, encuentra su fundamento teórico en la ley general de acumulación capitalista (Marx, 1984).

El desarrollo plurisecular del “capitalismo real” es la demostración cabal de que la producción capitalista es simultáneamente producción polarizadora de riqueza y pobreza (absoluta o relativa)⁸. Todavía está por descubrirse una sociedad capitalista en cualquier cuadrante o período histórico, donde la pobreza no sea la contra parte necesaria de la riqueza socialmente producida⁹. Por esto mismo, es falsa la tesis según la cual el crecimiento económico es la única condición necesaria para enfrentar y reducir el pauperismo que proviene de la acumulación capitalista (y, en la misma medida, para reducir las desigualdades). Aquí, son numerosos los ejemplos históricos que lo muestran, partiendo por el desarrollo norteamericano en el siglo XX: si en él no se

registró pauperización absoluta; la pauperización relativa fue incontestable, cayendo su parte de la renta nacional en 56% en 1890, en 1923 54% y en los finales de los años sesenta bajando hasta cerca del 40%.

Un segundo ejemplo, lo muestra el desarrollo brasilero. Entre 1939 y 1978, Brasil se industrializó y se urbanizó, modernizó su agricultura y, en escala mundial, fue de aquellos que presentó una *performance* económica extraordinaria. A lo largo de esos años el PIB creció una media anual de 5,9% y la renta per cápita fue multiplicada por cinco. Pero el padrón de desigualdad no fue alterado en lo más mínimo, como lo sostienen diversos especialistas: “el crecimiento no demostró ser lo suficientemente fuerte, por sí solo, para alterar el juego distributivo. En síntesis, la torta de la renta creció, pero su repartición no se mostró distinta a lo que ya venía ocurriendo con anterioridad” (Campos, Op. Cit. p.37).

Por tanto, en una sociedad capitalista, el crecimiento económico puede potencialmente contribuir a una reducción de la pobreza (en el sentido marxista de la pauperización absoluta) siempre que el ciclo del crecimiento sea largo y expresivo, acompañado de una política expresamente redistributiva y siempre que se pueda mantener una inflación baja. En esas condiciones el crecimiento puede, efectivamente, tener un efecto positivo en la reducción de la pobreza. En la ausencia de esos requisitos el crecimiento puede, incluso, acarrear desigualdades crecientes (P. Salama e B. Destremau, *op. cit.*, p. 41). En suma, sobre las relaciones entre crecimiento, pobreza y desigualdad, se puede afirmar con certeza que ellas están muy lejos de ser causales y unívocas, y sobretodo de justificar la tesis según la cual solamente el crecimiento económico puede permitir tanto la reducción de la pobreza como la disminución de la desigualdad.

8 La distinción entre pauperización absoluta y relativa en la tradición marxista, nada tiene que ver con los indicadores generalmente utilizados para la medición de la pobreza. De hecho, los trabajadores experimentan, en el curso del desarrollo capitalista, procesos de pauperización que provienen de la esencia explotadora del orden del capital. La pauperización puede ser absoluta o relativa. La pauperización absoluta se registra cuando las condiciones de vida y trabajo de los proletarios experimentan una degradación general. La pauperización relativa es distinta: puede ocurrir aunque las condiciones de vida de los trabajadores mejoren; ella se caracteriza por la reducción de la parte que les cabe del total de los valores creados, en cuanto crece la parte apropiada por los capitalistas. Esto no puede ser confundido con los conceptos de pobreza absoluta y pobreza relativa.

9 Pienso que es necesario recordar que la pobreza, en el orden del capital, al contrario de lo que ocurría en las formaciones sociales precedentes, no proviene de una penuria generalizada, sino de una paradójal y continua producción de riquezas. Como ya sostuve: “Se, nas formas de sociedade precedentes à sociedade burguesa, a pobreza estava ligada a um quadro geral de escassez, [na sociedade burguesa ela se mostra conectada a um quadro geral tendente a reduzir com força a situação de escassez. Numa palavra, [na sociedade burguesa a pobreza] se produz pelas mesmas condições que propiciam os supostos, no plano imediato, da sua redução e, no limite, da sua supressão” (J. P. Netto, *Capitalismo monopolista e Serviço Social*. S. Paulo, Cortez, 2001, p. 153-154).

La excepcionalidad del Welfare State o el significado de su deconstrucción

En este argumento se debe considerar que el Estado de Bienestar Social o esos treinta años dorados en la dinámica capitalista, el crecimiento estaba conectado a la disminución de la pobreza y la reducción de la desigualdad. Este episodio es la suma de experiencias diferenciadas, sea desde el punto de vista cronológico (en la Europa nórdica, se inicia en los años 30, en el desdoblamiento de la crisis de 1929, mientras que en la Europa occidental, son características de la posguerra) (Przeworsky, 1985); sea desde el punto de vista del capitalismo donde alcanzó niveles propios de lo que Mandel designó como formato institucional (Mishra, 1981). Sin embargo, aparece un denominador común en su base, con tres elementos distintivos:

- un lapso temporal de casi treinta años, en que el crecimiento de la economía fue una *onda larga expansiva* (Mandel, 1982), con notables índices de crecimiento y tasas de lucro bastante altas; las crisis cíclicas no fueron suprimidas (verifíquense en 1949, 1953, 1958, 1961 y 1970), pero sus efectos fueron bastante atenuados;
- una fuerte organización operaria y trabajadora, a través de un movimiento sindical y sólidos aparatos partidarios (social-demócratas, socialistas y comunistas);
- el pavor de las burguesías occidentales a una expansión del socialismo - o el prestigio conquistado por la Unión Soviética en la lucha contra el nazi-fascismo hizo que las burguesías, delante del “peligro rojo”, se dispusiesen a admitir a legitimidad de varias demandas de “su” proletariado.

Considerando lo anterior es relevante marcar que las experiencias del Welfare no expresaron una posible “*evolución normal*” del desarrollo capitalista. Al contrario, ellas constituyeron una excepción cronológica, espacial y sociopolítica en el proceso multiseccular del capitalismo. No fueron más que episodios descartados después de una corta existencia de tres décadas. Los años 70 asisten al inicio del asalto del gran capital a las experiencias de Welfare. La gran burguesía monopolista, termina su luna de miel con el intervencionismo keynesiano y rompe litigiosamente ese breve matrimonio. Lo hace por una razón simple, en 1975 por primera vez después de la guerra mundial, la economía capitalista mundial conoció una recesión generalizada, que impactó a todos los principales países capitalistas (Mandel, 1990). Para tratar de revertir la baja de las tasas de

lucro es que la burguesía monopolista da curso a una ofensiva del capital, entre cuyos objetivos está el asalto a las experiencias del Welfare, ideológicamente configurada como neoliberalismo (Aveles, 1991; Netto, 1993; Sader y Gentili, 1995).

Objetivamente, al movimiento del capital le repugna cualquier tipo de control o regulación externa al juego del mercado –y los varios modelos de Welfare consistían en *regulaciones políticas* impuestas al capital. La ofensiva iniciada en los años setenta tuvo una finalidad central– hacer del mercado el *único regulador societario*. Por esto mismo, la retórica del gran capital (vocalizada en la ideología neoliberal) acerca de la necesidad de reducir las funciones estatales es falsa y mistificadora porque oculta su objetivo real: **el Estado mínimo que defiende equivale a un Estado máximo para el capital**. El capital no puede prescindir del Estado, como bien demostró Mézáros (1995): en la ofensiva desatada por el capital a partir de los años setenta, no se trata de “disminuir” el Estado, sino de amputar las funciones democrático-reguladoras que la presión de las organizaciones de operarios y de trabajadores consiguieron inscribir en el Estado burgués hasta la sexta década del siglo pasado.

En gran medida, la ofensiva del capital fue exitosa –como lo muestra, entre otros indicadores, la deconstrucción y la “crisis del Welfare State”. La represión política al movimiento sindical europeo (tipificada en el trato que la Sra. Thatcher dio a los mineros ingleses) se sumó a la vergonzosa capitulación de la social-democracia, con sus partidos transformados en máquinas electorales y su plena integración al programa del gran capital; y los efectos del colapso de la Unión Soviética y del bloque socialista acompañaron la “reestructuración productiva” y todo el elenco de procesos que redimensionaron la economía capitalista, haciendo que el capitalismo monopolista transitase para su segundo estadio contemporáneo, marcado por la *financierización*. El resultado que comprueba el éxito de la ofensiva del capital surge en la última década del siglo XX: **altas tasas de lucro fueron rescatadas, aunque sin la recuperación de tasas significativas de crecimiento** (Sader & Gentili, Op. Cit)– desde mediados de los años ochenta, la economía capitalista viene creciendo a una tasa media anual de 2,5%, *casi la mitad de lo verificado en el período 1950/1970* (Pochmann, Op. Cit. p.35).

La deconstrucción del Welfare adquiere su verdadero significado cuando se inserta en el proceso más amplio de la ofensiva del capital: no se trató, como

pretenden algunos social-demócratas tardíos, de una simple respuesta a una pretendida “crisis de financiamiento”, implicando el agotamiento “cultural” de un determinado “contrato social” (Rosanvallon, 1981) - ella firmaba la liquidación del capitalismo “democrático” que duró treinta años, revelando **la incompatibilidad de una conexión durable entre dinámica capitalista, supresión de pobreza absoluta y reducción de desigualdades**. Ella indica que el capitalismo contemporáneo se muestra cada vez menos capaz de soportar reformas viabilizadoras de la ampliación de derechos sociales. Ella demuestra que el movimiento del capital, en el ocaso del siglo XX y en el alba del siglo XXI, recusa cualquier control social y sólo puede mantenerse y reproducirse si se deja libre el curso para la acumulación, con todas las consecuencias de su *ley general*. No es por casualidad, que la “cuestión social”, puesta en marcha en el primer tercio del siglo XIX precisamente por la acción de la *ley general de acumulación capitalista*, haya ganado, en el último *fin de siècle*, tantas expresiones inéditas, al punto que los desprevenidos descubrieron una *nueva* “cuestión social”, a ser enfrentada por una “solidaridad refundada” (Rosanvallon, 1995).

La ofensiva del capital en los países periféricos

La relación entre los países capitalistas más desarrollados y los menos desarrollados (subdesarrollados, periféricos¹⁰), fundada en esta asimetría de la dinámica económica, se constituyó históricamente como una *relación de explotación* - y sobre este punto, cualquier polémica es pura pérdida de tiempo.

En el breve episodio de las *tres décadas de oro*, esta relación de explotación se mantuvo con intensidad y naturalmente, los recursos drenados de la periferia contribuyeron para que las grandes burguesías centrales financiaran su *Welfare*. En el período siguiente al agotamiento de la *onda larga expansiva*, los tradicionales mecanismos de succión de recursos empleados por los países centrales fueron cualitativamente ampliados con la entrada en escena de los instrumentos de eternización del endeudamiento externo de buena parte de los principales países de la periferia; en el último tercio del siglo

XX, las imposiciones derivadas de la *deuda externa* transformaron los países periféricos en *grandes exportadores de capital* para los países centrales: “El total pendiente de la deuda de largo plazo de los países en desarrollo... era de aproximadamente US\$ 62 billones en 1970. Ella creció 7 veces en el curso de los años 70, llegando a US\$ 481 billones en 1980. La deuda total era de más de US\$ 2 trillones en 1996, siendo este un *aumento de 32 veces en relación a 1970*” (Chossudovsky, Op. Cit. p. 37). Hay que considerar que este crecimiento se produce a pesar de todos los pagos efectuados a lo largo de este período.

En este escenario, se imponen dos conclusiones: 1) no se puede refutar la persistencia de la *relación imperialista* entre el capitalismo central y la periferia; 2) son ingenuas, para decir lo mínimo, las propuestas concernientes a la “ayuda” de los países capitalistas centrales a los periféricos. Es más, la ofensiva del capital sobre los países periféricos tomó su forma específica con los “planos de ajuste” impuestos a ellos, principalmente en la secuencia de los años ochenta y que, en el final de esta década, ganaron la formulación canónica del *Consenso de Washington* (Batista, 2004)¹¹

En su excelente análisis del *ajuste neoliberal*, Laura Tavares muestra que éste es mucho más que un programa económico: éste expresa una redefinición global del campo político-institucional y, en una desigualdad creciente, sitúa la figura del *pobre* en el centro de *políticas focalizadas de asistencia*. Ocurre, entonces, un *desplazamiento de la función asistencial*, que se vuelve un instrumento esencial de *legitimación del Estado*. Cito textualmente sus palabras: en el marco del ajuste “los derechos sociales pierden identidad y la concepción de ciudadanía se restringe; se profundiza la separación público-privado y la reproducción [social] es enteramente devuelta para este último ámbito; la legislación laboral evolucionó para una mayor mercantilización (y, por tanto, desprotección) de la fuerza de trabajo; la legitimación (del Estado) se reduce a la ampliación del asistencialismo” (Ibid: 13). Impuesto a los países periféricos –sin consulta democrática–, el *ajuste* reveló, en todas las latitudes, resultados catastróficos para las masas trabajadoras y las clases subalternas. Las “reformas”

10 Estudios recientes destacan, entre los países periféricos, aquellos que lograrán construir sistemas productivos nacionales con algún grado de competitividad mundial (“semi-periféricos” o “periféricos de primera línea” - cf. G. Arrighi, *A ilusão do desenvolvimento*. Petrópolis, Vozes, 1997 y, también S. Amin, *Más allá del capitalismo senil*. Paidós, Buenos Aires, 2003).

11 *Un abordaje de Consenso*: M. C. Tavares e J. L. Fiori, *(Des)ajuste global e modernização conservadora*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1993.

que se impusieran en el ámbito del Estado y sus instituciones tuvieron efectos sólidamente regresivos, suprimiendo o mutilando derechos sociales antes consagrados. Resulta claro que al *desastre social* al que me refiero dice relación a las masas trabajadoras – como en la vida socio-económica no existe juego de suma cero, las políticas de ajuste favorecieron escandalosamente, a los grandes capitalistas (individuales y/o colectivos) y sus servidores directos.

Ya a mediados de la década pasada, eran evidentes las señales inequívocas de este desastre. Y los ideólogos neoliberales cuando los confrontaron con la evidencia del desastre, eximieron su programa de cualquier responsabilidad, argumentando simplemente que ella no fue ejecutada integralmente o que su implementación fue imperfecta¹². En verdad, lo que pretenden es imponer que “la visión de los problemas sociales existentes hoy son solamente un problema de administración del ajuste, culpando, una vez más, a los Estados nacionales de ser incompetentes en la gestión económica y social” (Tavares, 2000:31).

Lo grave es que esta imposición ha sido realizada y pocas voces se levantan contra ella – de hecho, no es exageración afirmar que la *ideología* neoliberal, con el conjunto de sus mistificaciones, dispone de fuerza y capacidad de neutralización de sus críticos, fuerza y capacidad de neutralización directamente vinculadas a la fuerza de los intereses económicos que representa y expresa. Mientras tanto, la medida del desastre se hizo tan flagrante que las mismas instituciones internacionales que patrocinaron las políticas de ajuste comenzaron a revelar “preocupaciones” con el agravamiento del cuadro social en relación con la pobreza. El marco inicial de esa preocupación se encuentra en un documento del Banco Mundial de 1990, seguido por textos del BID y por el FMI, quien desde la entrada de este siglo se viene pronunciando al respecto (Tavares, Op. Cit. p.21).

Un desastre social innegable

La preocupación descrita proviene del agravamiento de las tensiones sociales y de la imposibilidad de ocultar el carácter absolutamente residual de las ganancias obtenidas en los últimos años en el com-

bate a la pobreza, así como los magros resultados en la reducción de las desigualdades. A mi juicio, dicha preocupación es un síntoma de ese orden social del capital que en este nuevo siglo (los místicos prefieren decir nuevo milenio) se presenta como un desastre social innegable.

Estamos lejos y no volverán los tiempos en que los intelectuales –serios y sofisticados– predecían un futuro promisorio para la sociedad capitalista. Recordemos que, en 1930, uno de esos intelectuales, pronosticaba que “el problema económico de la humanidad” sería resuelto en cien años en los “países progresistas”. También escribía, en la misma época: “Estamos siendo afectados por una nueva enfermedad [...], el desempleo tecnológico. [...] Pero esta es solamente una fase temporal de desajuste. Todo esto significa que, a largo plazo, la *humanidad está solucionando su problema económico*” (Keynes, 2004: 61-62).

Parece que el ilustre autor –y aclaro que se trata de Lord Keynes– se equivocó rotundamente. Lo que llamó de “desempleo tecnológico”, vino para quedarse: “Soluciones tecnológicas [...] están surgiendo en todos los sectores de la economía, contrariamente a las anteriores ‘revoluciones’ tecnológicas que ocurrieran en sectores bastante específicos. Así, antiguamente, el empleo perdido en un sector podía ser compensado en cualquier otro. Hoy en día [...] eso dejó de ser posible. [...] Las perspectivas generales [del empleo] para el futuro no son, por consiguiente, muy alentadoras [...]” (Grupo Lisboa, 1994:70-71).

Algunos analistas van al punto de sustentar que estamos presenciando “el fin de los empleos” - y no pocos ideólogos se apresuran a decretar el “fin del trabajo”¹³. Estas ideas son absolutamente insustentables¹⁴. Algo, sin embargo, es indiscutible: la sociedad capitalista, nunca convivió con un contingente de desempleados como el que tiene hoy (estimaciones sostienen que el número de personas *sin cualquier empleo alcanzan a un billón*¹⁵), esta sociedad ni siquiera se propone en el nivel del discurso, garantizar el empleo a sus miembros. Este es el punto al que llegamos.

La otra parte del pronóstico de Lord Keynes igualmente se revela equivocada - con más de dos tercios

12 Documento de John Williamson disponible en www.iee.com/publications/papers/williamson0803.pdf

13 Cf., entre una larga bibliografía, J. Rifkin, *O fim dos empregos*. S. Paulo, Makron Books, 1995 e D. Méda, *O trabalho. Um valor em vias de extinção*. Lisboa, Fim de Século, 1999.

14 Para una contrastación de las ideas entre otros: R. Antunes. *Os sentidos do trabalho*. S. Paulo, Boitempo, 1999 e Netto, J. P. e Braz, M. *Economia Política: uma introdução crítica*.

15 Los datos son proporcionados por J. Rifkin, em entrevista a *Você S/A*. S. Paulo, Abril, outubro de 2005.

del plazo previsto por él, la humanidad está muy lejos, de “solucionar su problema económico”. Lo evidencia el balance que, en el 2005, el PNUD hace de los primeros años del compromiso firmado por todos los gobiernos en el 2000, en la “Declaración del Milenio”, consensuada por las Naciones Unidas, con la promesa de, en un plazo de 15 años, “libertar a nuestros semejantes, hombres, mujeres y niños, de las condiciones abyectas y deshumanas de la pobreza extrema”¹⁶.

Ahora bien, la evaluación que el documento realiza no podría ser más clara, explicitando lo que llamo desastre social innegable. Si bien el escrito argumenta que en los últimos 15 años hubo logros en el desarrollo que no pueden ser subestimados, luego dice que no deben ser exagerados (Ibid: 16-17), porque en sus propios términos, la lectura de los resultados obtenidos después de la implementación de la declaración del milenio, es calificada como “deprimente”: “La mayoría de los países está fuera del camino para la mayor parte de los ODMs. El desarrollo humano está retrocediendo en áreas fundamentales y las desigualdades que ya eran profundas, se están ensanchando. Podemos encontrar varias formulaciones diplomáticas y terminología pulida para describir la divergencia entre el progreso del desarrollo humano actual y la ambición plasmada en la Declaración del Milenio. Ninguna de ellas puede oscurecer una simple verdad: la promesa a los pobres del mundo está quebrada” (Ibid; 15).

Es más, para el PNUD, el estado efectivo de los tres pilares de la cooperación, cuatro años después de la declaración es el siguiente:

- 1º pilar: “la ayuda al desarrollo”. Estado efectivo: “sufre de dos problemas: sub-financiamiento crónico y mala cualidad. Han existido mejoras en ambos frentes, pero hay muchísimo por hacer para cerrar las brechas de financiamiento [...]”;

- 2º pilar: “el comercio internacional”. Estado efectivo: después de las conversaciones de la Rueda de Doha (de la *Organización Mundial del Comercio*, en 2001), en cuatro años “no fue alcanzado nada sustancial”;
- 3º pilar: “la seguridad”. Estado efectivo: “Conflictos violentos arruinan la vida de centenas de millones de personas” (Ibid:16).

La conclusión del documento es cristalina: “Existe el peligro inminente de que en los próximos 10 años, tal como en los últimos 15, el progreso en desarrollo humano sea mucho menor del que el nuevo consenso promete” (Ibid). Al contrario de los técnicos del PNUD, **no dudo en afirmar que las “metas del milenio” no serán conseguidas** excepto si una *transformación social radical se opera en escala mundial, erosionando los soportes de la sociedad capitalista y abriendo la transición para otra orden social*. Como no me parece que una transformación social de esta magnitud está en el horizonte inmediato, no tengo dudas en sostener la inviabilidad de las “metas del milenio”¹⁷.

La permanencia de la pobreza y las desigualdades

Antes de continuar, me permito llamarles la atención para el siguiente texto: “En todas las grandes ciudades [...] podemos ver una multitud de personas [...] que sobreviven gracias a pequeñas ganancias ocasionales. Es espantoso ver las ocupaciones a que esta población superflua recurre. [...] La gran mayoría de los desempleados se vuelven vendedores ambulantes. [...] Frutas, caramelos, fósforos y otras cosas de este género [...] constituyen artículos de venta. Otros circulan por las calles intentando encontrar algunos trabajos ocasionales. ¿Que resta a estas personas, cuando no encuentran trabajo y no quieren rebelarse contra la sociedad, sino mendigar?

16 Recordemos ‘los objetivos de desarrollo del milenio’: 1. erradicar la pobreza extrema y el hambre. Reducir a la mitad la proporción de personas que viven con menos de un dólar al día y el porcentaje de malnutrición, 2. lograr la enseñanza primaria universal. Garantizar que todos los niños puedan terminar la educación primaria, 3. promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer. Eliminar las disparidades de género en la educación primaria y secundaria, si es posible antes de 2005 y, a más tardar en 2015, 4. reducir la mortalidad de los niños. Reducir en dos terceras partes la tasa de mortalidad de niños menores de cinco años, 5. mejorar la salud materna. Reducir la mortalidad materna en tres cuartos; 6. combatir el VIH / SIDA, el paludismo y otras enfermedades. Reducir la propagación del VIH / SIDA y otras enfermedades 7. garantizar la sostenibilidad del medio ambiente. Reducir a la mitad la proporción de personas sin acceso sostenible al agua potable y saneamiento, 8. fomentar una asociación mundial para el desarrollo. La reforma de la ayuda y el comercio, con un tratamiento especial para los países más pobres.

17 Es evidente que no ignoro, ni subestimo, las luchas sociales en curso en el mundo contemporáneo. Pero, a mi juicio, ya que carecen de un liderazgo político, capaz de unificar y universalizar la infinitud de las demandas anticapitalistas, en su propia fragmentación reduce su capacidad de procesamiento - que se puede ver, por ejemplo, por la importante información y documentación del Foro Mundial de Alternativas, dirigido por Samir Amin y Francois Houtart (como un ejemplo de la documentación, ver el libro, organizado por Amin y Houtart, *Mundialização das resistências: o estado das lutas em 2003*. S. Paulo, Cortez, 2004.

No nos espantamos al ver esta multitud de mendigos, con quienes la policía siempre tiene cuentas a ajustar y que, en su mayor parte, son hombres en condiciones de trabajar. [...] Algunas veces vagan, en compañía de la familia, cantando sus penurias en la calle o apelando para la caridad de los transeúntes con algún pequeño discurso. [...] O entonces toda la familia se instala silenciosamente, en la vereda de una calle animada, y deja sin decir nada, que su aspecto indigente produzca efectos por sí mismo”.

Esta es la descripción de un cuadro muy conocido, incluso familiar para la mayoría de los profesionales del Servicio Social, y no sólo de aquellos que trabajan en las sociedades periféricas, en verdad, este texto podría ser extraído de cualquier reportaje sobre la vida en innumerables metrópolis contemporáneas. Se engañan, sin embargo, los que piensan que estoy recortando un trecho de un diario de la semana pasada: el texto citado fue escrito hace exactos 161 años, por un joven de 25 años que entonces analizaba la sociedad inglesa y que después sería famoso – esas líneas son extraídas de la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, el primer libro de Friedrich Engels (Engels, 1986: 103-4).

Sin embargo, nada más ajeno a mi argumentación que pretender insinuar que el mundo no cambió desde 1845 – lo que, por encima de todo, sería un absurdo. Conquistas civilizatorias fueron alcanzadas; los trabajadores, mediante arduas luchas, forzaron el reconocimiento de derechos políticos e sociales; el Estado burgués fue compelido a asumir, funciones cohesivas y legitimadoras. Aquello que no mudó, todavía, y responde por la permanencia de la pobreza y la desigualdad, es la dinámica económica elemental de nuestra sociedad, sustentada en la acumulación –por eso mismo, sus efectos, los efectos de su *ley general*, continúan operativos; por eso mismo, nosotros asistentes sociales - y no sólo nosotros– nos confrontamos con los desafíos de una cuestión social que se presenta hoy más amplia y diversificada que en cualquier otro tiempo anterior.

Al contrario de lo que sustentan algunos ideólogos, no estamos delante de una “nueva” *cuestión social* (Rosanvallon, 1981; Castel, 1998; Castel; Wanderley; Belfiore-Wanderley; 1997; Pastorini, 2004) –entiendo que estamos confrontados con nuevas expresiones de la *cuestión social*. La “vieja” cuestión social, connotada como pauperismo, no fue enfrentada ni menos resuelta. De hecho, tenemos *nuevas problemáticas*, (violencia urbana, migraciones involuntarias, conflictos étnicos y culturales, opresión en las relaciones de género etc.), sea por

la re-funcionalización de viejas prácticas sociales ahora sometidas a la lógica contemporánea de la acumulación y de la valorización (el trabajo esclavo y semi-esclavo, el tráfico humano, la prostitución, o “turismo sexual” etc.), sea, en fin, por la emergencia de fenómenos que, siendo nuevos, se vinculan a los sótanos de la *globalización*– a las consecuencias de la *organización del crimen* en escala planetaria (Dreifuss, 1996: 256).

Es esta *cuestión social* exponencial que nos comprueba la permanencia de la pobreza y la desigualdad. Permanencia que, desde la época en que el joven Engels escribía las páginas de las cuales extraje el texto citado hace poco, ha desafiado toda la buena voluntad de los filántropos, todo el empeño de técnicos y profesionales honestos que se comprometieron con políticas de erradicación de la pobreza y reducción de las desigualdades.

La concentración del poder económico y político

Para ser mínimamente serio, el análisis de la permanencia de la pobreza y de la desigualdad, tiene que enfatizarse que los combates a ellas realizados mediante los programas sociales, operan al mismo tiempo que se acentúan los procesos de concentración de propiedad y de sus decisiones políticas.

La concentración de la propiedad se conecta directamente con los procesos de centralización de los capitales que se aceleran en los últimos 30 años: “entre 1971 y 1991, la facturación de las 500 mayores empresas multinacionales explota de US\$ 721 billones para US\$ 5,3 trillones - [...] estas firmas pasan a responder por 1/3 de las exportaciones industriales, 3/4 del comercio de *commodities* y 4/5 del comercio de tecnología e servicios” (Pochman, Op.Cit. p. 32).

Como consecuencia de esa concentración, los grupos monopolistas desarrollaron interacciones nuevas, que les permitieron *un poder especial de decisiones*. En la cumbre de esas articulaciones, figura un restringido círculo de hombres (y unas pocas mujeres) que constituyen una *nueva oligarquía*, concentradora de un *enorme poder económico y político*: esos hombres [...], los más influyentes del planeta, poseedores de poderes jamás vistos en la historia de la humanidad, se encuentran regularmente en centros de conferencias virtuales lejanos del ojo público. [...] Con una visión global y referencias mentales supranacionales, las nuevas elites orgánicas accionan transnacionalmente [...], dan vuelta a Estados

y gobiernos, reafirmando la autonomía política de las corporaciones estratégicas y contribuyendo para la formación del [...] “pensamiento único”. [...] Ese tipo de articulación] viabiliza y perpetúa el secreto político-estratégico, substrayendo las cuestiones vitales de la mirada pública [...]. Por otro lado, muchos de los tradicionales locales de representación de demandas sociales (congresos, parlamentos, gobiernos, asociaciones e instancias políticas diversas) se muestran ineficaces, en cuanto los mecanismos y las prácticas convencionales de la política pasan a ser vistos como inadecuados (Dreifuss, Op. Cit. 175-76).

La concentración del poder económico condujo y está conduciendo a una enorme concentración del poder político. Aquí, claramente se muestra el carácter antidemocrático del capitalismo monopolista contemporáneo: al mismo tiempo en que descalifican la política, ladeando las instancias representativas (parlamentos, asambleas legislativas) o haciendo sentir en ellas el peso de sus *lobbies*, esas “élites orgánicas” del gran capital –empresarios, ejecutivos, analistas, científicos, ingenieros– realizan su política, tomando decisiones estratégicas que afectan la vida de billones de seres humanos, sin ningún conocimiento o participación de ellos. Y no es preciso hablar de la característica corrupta de esa política.

La política conducida por esas “élites orgánicas”, a partir de los años setenta, pasó a operar también por medio de agencias y entidades de carácter supranacional –como el FMI o el Banco Mundial o la ONU–. Así, más allá de sus dispositivos propios, el gran capital instrumentaliza la acción de esos organismos para implementar las estrategias que les son más adecuadas. El poder de presión de estas instituciones sobre los Estados capitalistas más débiles es enorme y les permite imponer desde la orientación macroeconómica, frecuentemente dirigida a los ya referidos “ajustes estructurales”, hasta medidas de menor alcance.

El vaciamiento del contenido democrático de las formas tradicionales de representación política no se limita, naturalmente, a los países periféricos; ocurre, igualmente, en los países centrales (Losurdo, 2004). Pero es sobre los Estados nacionales periféricos que el incide con más fuerza, restringiendo y erosionando su soberanía y autonomía. La alusión a esas cuestiones –que difícilmente se encuentran puestas en los debates corrientes– me parecen fundamentales para comprender los límites estructurales de las políticas contemporáneas de combate a la pobreza y la reducción de las desigualdades.

Acciones minimalistas para una cuestión social maximizada

La permanencia de la pobreza y de las desigualdades, en el cuadro de nuestras sociedades, no resulta de la ausencia de buena voluntad, de falta de esfuerzos o de la fragilidad de medios técnicos para una mejor instrumentalización de políticas sociales, sino que esa persistencia es constitutiva del orden del capital. Pueden variar sus padrones y esa variación no puede ser subestimada ya que afecta la vida de seres humanos, pero las políticas implementadas para el enfrentamiento de la pobreza están lejos de afectar positivamente aquellos padrones. De hecho el combate contra las desigualdades no hace parte del conjunto práctico ideológico del liberalismo, pero sí una serie de programas volcados a enfrentar la pobreza que se caracterizan por lo siguiente:

- la des-responsabilización del Estado y del sector público con una política social de reducción de la pobreza articulada coherentemente con otras políticas sociales (de trabajo, empleo, salud, educación y previsión social); el combate a la pobreza opera como una política específica
- la des-responsabilización del Estado y del sector público, concretada en fondos reducidos, corresponde a responsabilización abstracta de la “sociedad civil” y de la “familia” por la acción asistencial; así como la enorme relevancia concedida a las ONGs y al llamado tercer sector (Petras, 1999; Montaña, 2002)
- la protección social se diferencia entre aquellos que poseen alguna renta mediante privatización de los servicios y para los segmentos más pauperizados se ofrecen servicios públicos de baja calidad.
- la política volcada para la pobreza es prioritariamente *emergente*, *focalizada* y, en general, reducida a una dimensión asistencial. Estos rasgos están conectados a un presupuesto de mayor alcance donde su hipótesis central es que una vez alcanzados los resultados del ajuste, donde es importante una cierta estabilidad económica financiera, seguirá el crecimiento económico y una natural distribución de la renta. El carácter enteramente fantasioso de esta supuesta evolución no perturba a sus defensores.

Dos notas significativas en este género de programas: la pobreza reducida a la asistencia, en un continente donde los hambrientos se cuentan por millones, se refiere sobretudo a la asistencia en la alimentación.

Estos programas masivos, son factibles fuentes de prácticas políticas clientelísticas y pueden volverse poderosos instrumentos de manipulación política. La segunda nota se refiere a movilizar una acción asistencial en una época de reducción de derechos. La legitimidad del combate a la pobreza es desplazada para un soporte de solidaridad, obviamente una solidaridad genérica y trans-clasista, que aparece como la contra cara necesaria de una ideología que se funde en el individualismo posesivo y la competitividad generalizada. Además, en este escenario se ha vuelto frecuente la articulación con segmentos empresariales en los que se desarrollan acciones de asistencia, contribuyendo financieramente (teniendo, con esto, exenciones fiscales significativas) en programas focalizados de promoción social. Acá entra en escena un producto típicamente ideológico, el de la empresa ciudadana, y presenciamos un espectáculo paradójico y estremecedor: el de grandes monopolios de la industria del tabaco operando como integrantes de programas de ayuda a la infancia.

Todo esto considerando, además que la orientación macroeconómica de los planes de ajuste deja muy poco margen para inversiones en infraestructura de saneamiento básico, equipamientos colectivos de salud y gastos sociales, lo que con frecuencia existe en esta América Latina neoliberal son acciones minimalistas para enfrentar una cuestión social maximizada. Es porque el impacto de esas acciones ha sido poco efectiva, como está demostrado incluso por los programas más ambiciosos (Soares, 1998; Laurel, 1995; Lavinas, 2004).

En cuanto esas acciones minimalistas, no evitan la reducción de la pobreza, como el crecimiento cada vez mayor de pobres que amenazan el buen orden y deslizan hacia ellos mismos el recurso al endudamiento legal: el asistencialismo se conjuga y complementa con la represión policial (Wacquant, 2002).

Escenarios posibles y el desafío central: el orden social contemporáneo

El escenario en que vivimos y que se abrió a mediados de los años 70 del siglo pasado marca una fase claramente recesiva en la historia social reciente. Se podría observar que a pesar o quizás precisamente por ella, pocas épocas históricas registran tantas demandas por los derechos. Consecuentemente, ha crecido la conciencia acerca de nuevos derechos, de tercera generación, aunque todavía los viejos derechos no disfrutaban condiciones de vigencia, el

problema contemporáneo es cómo garantizarlos (Bobbio, 1990).

Este no es un tiempo para alimentar optimismos fáciles, uno de los mayores historiadores del siglo XX, conocido por su esperanza en el futuro escribió que “el siglo XXI comienza con crepúsculo y oscuridad” (Hobsbawm, 2002:448). Existen, por tanto, tres dramáticas dimensiones en que expresa esta afirmación: en primer lugar, la creciente distancia entre el mundo rico y el pobre, y dentro del mundo rico, entre sus pobres y sus ricos. Es claro, a esta altura del argumento que el orden social contemporáneo no dispone de cualquier potencialidad para reducir esas distancias, sea a escala mundial o nacional. En segundo lugar, la ascensión de la xenofobia y el racismo. “Asistimos a un increíble aumento de movimientos y confrontaciones nacionalistas, en que se mezclan reivindicaciones territoriales y conflictos religiosos, impulsos de xenofobia y luchas identitarias” (Löwly, 2000:7); vuelve en los Estados Unidos un obscurantismo religioso y un moralismo obtuso (que corresponde, naturalmente, a una profunda corrupción de la vida pública y privada) (Harvey, 2004; Verey & Silva, 1997) y crecen, en Europa Unida, bandos racistas y ganan fuerza movimientos y partidos de inspiración fascista o nazista - un suceso electoral de un Le Pen, en Francia, no es un índice despreciable. A los blancos “tradicionales” de la xenofobia europea - el árabe, el turco, el negro - se suman otros: los inmigrantes del ex-bloque socialista. Más allá de componentes estrictamente culturales, la xenofobia resulta de la “crisis económica, del desempleo y de la degradación de las condiciones de vida en los barrios populares” (Löwly, Op. Cit. p.106), no existe hipótesis para revertirla en el corto plazo.

En fin, la crisis ecológica (Foster, 2000) - sin cualquier concesión a ambientalismos románticos, la crisis es hoy una posibilidad concreta, que está diseñándose como probable ya en el mediano plazo (en el caso de los recursos hídricos y de las fuentes de combustibles es apenas la punta del iceberg). Pero la alternativa del llamado “desarrollo sustentable” es incompatible con el capitalismo: como escribió un especialista, “es una ilusión creer que un desarrollo sustentable sea alcanzable al interior de los mecanismos de funcionamiento del mercado” (Stahel, en Cavalcanti, 1995:111)

Yendo directamente al centro de la cuestión: para ninguna de estas dramáticas dimensiones el orden social contemporáneo ofrece indicaciones de poseer respuestas democráticas, progresistas y

humanistas. Al observar los rostros de las nuevas oligarquías de las mega-corporaciones transnacionales, las instituciones democráticas tradicionales se muestran impotentes. –gobiernos y estados son instrumentalizados para sus fines estratégicos. Planetarizado y mundializado, el capital escapa a los controles y regulaciones políticas a que, en las tres décadas gloriosas del Welfare, pareció sumiso. En verdad en las actuales condiciones –socialmente regresivas, culturalmente deletéreas y políticamente excluyentes– eventuales alternativas democráticas, progresistas y humanistas sólo serían pensables mediante una planificación y un control social racional, entendiendo que “el capitalismo y una racionalidad de planificación social inclusiva son radicalmente incompatibles” (Mészáros, 1987:31). De allí inclusive, la magnitud de la crisis contemporánea: “la crisis que enfrentamos no se reduce simplemente a una crisis política, más bien se trata de la crisis estructural general de las instituciones capitalistas de control social en su totalidad” (Ibid: 42).

Por otra parte, en las tres dimensiones resulta creciente la pérdida de dinamismo económico. Como señalé, en el marco de una onda larga recesiva, el crecimiento económico está enfrentado no sólo a las necesidades sociales reprimidas, sino que hay que considerar el altísimo grado de desarrollo de las fuerzas productivas, potenciado por un espantoso salto científico y tecnológico. El marco histórico contemporáneo tiene sus rasgos regresivos, acentuados por el doble grado de comprometimiento de la alternativa socialista a partir de los setenta: de un lado el movimiento comunista permanece todavía sobre los escombros de la caída del Muro y del colapso de la Unión Soviética; del otro el llamado socialismo democrático capituló vergonzosamente de cara al capital, con una social democracia hoy plenamente identificada, desde el punto de vista programático, con la gestión neoliberal del capitalismo.

No hay, por tanto, razones para ningún optimismo en los días corrientes. Los escenarios que se pueden proyectar son, de tal modo, sombríos que la noción de futuro parece enteramente hipotecada al *hic et nunc* donde el futuro sería una simple reproducción ampliada del presente. O sea, para evocar a F. Fukuyama, hemos llegado al fin de la historia. Donde, además, hemos de considerar el carácter lenitivo o cínicamente cómplice de buena parte de la llamada cultura posmoderna.

En un ejercicio prospectivo, este sería un primer escenario. Las brutales asimetrías económico-so-

ciales quedarían congeladas y los actuales padrones contemporáneos se conservarían sustantivamente. La asistencia a los extremadamente pobres permanecería como función estatal residual y para aquellos situados un poco por encima de la línea de la pobreza vendría el socorro Durkheimiano de la solidaridad, vinculando la filantropía privada (religiosa, empresarial) –mediante la acción de organizaciones no gubernamentales e, incluso, del voluntariado– a proyectos de combate de la llamada exclusión social, esa que apela a los derechos -una vez ya recortados los derechos- reiteraría la retórica de la ciudadanía. Nada más desesperador que esta prospección, aquí la dinámica del capital sería dejada a sí misma, y se sabe que “entregado a sí mismo, el capitalismo no transita para nada sino para más capitalismo” (Santos, 1997: 243).

Un segundo escenario posible es configurado por la eventualidad de un nuevo brote reformista en la sociedad contemporánea. A pesar que el orden del capital se muestra cada vez menos reformable, no se puede descartar apriorísticamente esta posibilidad. Pero ella depende, sobretudo de superar la onda larga recesiva y no hay indicaciones que esto vaya a ocurrir. Ahora bien, si esa superación ocurriera y se organizaran en larga escala los esfuerzos políticos y prácticos de los segmentos sociales que se proponen articular la universalización de la ciudadanía con estructuras sociales clasistas, es posible la constitución de un nuevo *contrato social* que enfrente las expresiones más bárbaras de pobreza con políticas que trasciendan límites puramente compensatorios. En el fondo, este es el sueño social demócrata de un “capitalismo regulado”, pero si su probabilidad (no su posibilidad) me parece reducida, una cosa es clara: su arquitectura poco tendrá en común con los anteriores modelos de Welfare. De cualquier forma, dicho escenario si se concreta, abriría perspectivas que no existen en la prospección precedente.

La tercera posibilidad es la ruptura con el orden contemporáneo, vale decir: la ruptura con el capitalismo, con la sociedad fundada en la propiedad privada de los medios fundamentales de producción y su correlato compulsorio: la explotación del trabajo. Objetivamente posible y necesaria, sea en función del desarrollo de las fuerzas productivas materiales y humanas, sea en razón del riesgo inminente de la plena barbarización de la vida social, ella no está claramente diseñada en el horizonte. El gran sueño de la historia a que se refería el poeta, no parece audible en este tiempo. Esto no significa que se deba descartarla. Lo mejor de la conciencia

genérico-humana ya reconoció su urgencia y su viabilidad. Recordemos las palabras de Albert Einstein, que hoy son más actuales que nunca: “La anarquía económica de la sociedad capitalista, como existe actualmente, es, en mi opinión, el verdadero origen del mal. [...] El capital privado tiende a concentrarse en pocas manos. El resultado [...] es una oligarquía de capital privado cuyo enorme poder no puede ser eficazmente controlado incluso por una sociedad política democráticamente organizada. [...] Estoy convencido de que sólo hay una forma de eliminar estos serios males, nominalmente a través de la constitución de una economía socialista [...]. En esta economía, los medios de producción son sustentados por la propia sociedad y son utilizados de forma planificada. Una economía planificada, que adapte la producción a las necesidades de la comunidad, distribuiría el trabajo a ser hecho entre aquellos que pueden trabajar y garantizaría el sustento a todos los hombres, mujeres e niños [...]”.³¹

Es esta conciencia humano-genérica la que ha impedido, incluso en esta época regresiva de la historia, el camino de la entera barbarie. El orden social contemporáneo, que constituye en esencia el verdadero desafío del tiempo presente, fue el resultado de un proceso de luchas, conflictos, contradicciones. El neoliberalismo y la restauración del capital, en la secuencia de los últimos treinta años, no triunfaron sin confrontaciones y sin enfrentar resistencias. Nada indica que, aunque sean poco perceptible ahora, las fuerzas contrarias a él hayan sido definitivamente vencidas o estén desaparecidas. Suponer un capitalismo sin clases y sin lucha de clases es negar todo el conocimiento teórico-histórico acumulado. Las resistencias que fueron neutralizadas en los últimos 30 años no están liquidadas, permanecen latentes y nutridas por el carácter antidemocrático, restaurador y lesivo que la humanidad ha asumido por el orden social contemporáneo. Ellas pueden reingresar a la escena histórica, ciertamente sobre formas que todavía no se vislumbran, pero reingresarán por la fuerza de las nuevas contradicciones.

No es la primera vez que la humanidad se encuentra en el límite de la barbarie. Y no será la primera vez que, para sorpresa de muchos, ella se niegue a caminar bovinamente para el matadero. No nos desesperemos con el escenario regresivo en que vivimos. Nadie mejor que Antonio Gramsci comprendió

que, a veces, la humanidad parece perderse entre fenómenos mórbidos, pero esto es sólo un tiempo pasajero, una crisis que trae en su raíz gérmenes de futuro, como él afirmó, esta crisis “consiste justamente en el hecho que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer en este inter-reino, ya que en él se verifican los fenómenos patológicos más variados” (Gramsci, 2000:184).

El viejo orden social contemporáneo está muriendo, pero el orden del futuro todavía no puede nacer. Este es el escenario actual y sabemos bien de sus fenómenos, aquellos que Gramsci llamara patológicos. Y si el tiempo parece de desesperanza, no nos olvidemos –como Walter Benjamín advirtió– que la esperanza sólo nos es dada en nombre de los desesperados.

Los desafíos profesionales del Servicio Social

En el momento histórico en que nos toca vivir y en el marco de las condiciones del capitalismo contemporáneo –crecimiento reducido, agravamiento de la pobreza y acentuación de la desigualdad– una pregunta esencial consiste en indagar sobre los desafíos profesionales del Servicio Social. Mi respuesta es simultáneamente una negación y una afirmación:

La negación: es que tales desafíos no se sitúan en el ámbito de técnicas o procedimientos interventivos - vale decir, no se insertan en el circuito instrumental. Sin negar la existencia de problemas en la implementación de procesos operativos, estoy convencido que en el ejercicio profesional, en esta fase de expansión de la pobreza y la desigualdad que no serán solucionadas por un eventual retorno del crecimiento, las problemáticas centrales se sitúan en otro ámbito.

La afirmación: entiendo que los desafíos profesionales del Servicio Social se inscriben en el ámbito de la comprensión del significado social de su intervención, y este significado sólo es inteligible si se dilucidan las condiciones en que las relaciones sociales se procesan (es decir, se producen y se re-producen) en la sociedad contemporánea.

Entendámonos para evitar cualquier malentendido. El significado social de la acción profesional no soluciona el campo problemático de las técnicas y de los instrumentos de intervención. Solamente establece el espacio en que tal solución puede ser buscada. Igualmente ella le permite superar algunos de los

¹⁸ Einstein escribió este texto (<http://www.monthlyreview.org/598eisnt.htm>) para el número inaugural del periódico norteamericano Monthly Review, publicado en mayo de 1949 - la revista, editada en Nueva York y dirigida inicialmente por Paul M. Sweezy y Leo Huberman, continúa hasta hoy en circulación.

más enraizados equívocos que han marcado el ejercicio profesional. Me permito recordar uno de ellos: en las corrientes del Servicio Social latinoamericano comprometidas con el avance de las alternativas democráticas y populares, frecuentemente se confunde la necesaria conciencia cívico-política con el militarismo y, en no pocos casos, con el partidismo, donde muchas veces emerge un perfil profesional que Marilda Yamamoto llamó adecuadamente de mesiánico, por antítesis al perfil profesional fatalista (Yamamoto, 1992). La confusión entre militancia profesional y militancia política, sólo puede ser criticada y superada si se conduce la discusión para el plano del significado social de la profesión. Es sólo a partir de la claridad de la determinación del estatuto de Servicio Social en la división técnica del trabajo y de la condición del asistente social como profesional asalariado que se puede demostrar con rigor la falacia y el equívoco de subsumir el ejercicio profesional a exigencias de naturaleza político partidarias.

Por tanto, solamente la comprensión del significado social de la profesión dentro de la dinámica económica social contemporánea, puede abrir la vía de resolución de las problemáticas inherentes a la acción profesional. Veamos bien, suponiendo que exista un consenso en los asistentes sociales en torno a la pobreza, en términos que ella debe ser reducida y suprimida. Dependiendo de cómo el problema de la pobreza sea comprendido, en su génesis, en su movimiento, el trato profesional podrá variar así como sus procedimientos para intervenir en los grupos humanos afectados por la pobreza. Se trata entonces del desafío de manejar adecuadamente las categorías heurísticas y de calificación conceptual y social de la pobreza (Faleiros, 1997). Sólo entonces se ha de colocar el problema de los instrumentos y de las estrategias de intervención, y ellos no serán los mismos para un profesional que comprende la pobreza como algo natural e insuprimible que para otro, que la aprehende como una resultante necesaria de la explotación.

Es también esa doble comprensión –del significado social de la profesión y de la dinámica del capitalismo contemporáneo– la que permite al profesional ver y reconocer los límites y las posibilidades de intervención del Servicio Social. Pero le permite saber que los límites y posibilidades están unidos y que la explicitación de los límites, no invalidan o deslegitiman la acción profesional. En mi exposición yo dije textualmente: la pobreza relativa y las desigualdades son constitutivos insuperables del orden del capital, lo que pueden variar son sus padrones

y esta variación no puede ser subestimada, ya que están en juego cuestiones que afectan la vida de billones de seres humanos.

El límite parece claro: ninguna acción profesional (y no sólo de los asistentes sociales) suprimirá la pobreza y la desigualdad del orden del capital. Pero sus niveles y padrones pueden variar y esta variación es absolutamente significativa – **y sobre ella puede incidir la acción profesional, incidencia que es portadora de las posibilidades de la intervención que justifica y legitima el Servicio Social.** El conocimiento de estos límites y de sus posibilidades aporta la base para traspasar el *mesianismo*, que pretende atribuirle a la profesión poderes redentores, y el *fatalismo*, que la condena al burocratismo formalista.

Pienso que estas consideraciones aclaran porqué lo esencial de mi argumentación no tuvo como centro al Servicio Social, pero al contrario, porqué el Servicio Social aparece en sus momentos conclusivos. Estoy convencido que ésta es la más adecuada aproximación al Servicio Social, porque rompe con la tradición endogenista que por mucho tiempo atravesó nuestra análisis de la profesión: no se puede, a mi juicio, comprender al Servicio Social a partir de sí mismo (Montaño, 1998).

Esto además se comprueba en la institucionalización del Servicio Social, tanto en la Europa Occidental cuanto en América del Norte: su institucionalización y legitimación tuvieron como condición el *reconocimiento de los derechos sociales* - y cuanto mayor fuera ese reconocimiento más se amplió el espacio profesional al punto que algunos identificaron el desarrollo de la profesión con el desarrollo de las políticas del Welfare. Igualmente se comprueba mediadamente en buena parte de América Latina: incluso en la falta de un Estado de Bienestar sólo nos afirmamos profesionalmente en la medida en que se consolidaron entre nosotros algunos derechos sociales.

Por otra parte, es en la doble comprensión a la que me he referido que se puede creer en la modificación de nuestro estatuto profesional. Un agente técnico está habilitado para ejercer la función de ejecutor terminal de políticas sociales. La formación académica con sus grados universitarios y superiores, con la producción de conocimiento de sus doctores, crea cuadros profesionales que traspasan la necesaria habilitación técnica y están calificados para proyectar, ejecutar y evaluar políticas sociales. Son estos cuadros, con sólida formación teórica y preparación para la investigación, los que vuelven a

Servicio Social una profesión que no es más el patito feo de las Ciencias Sociales y supera la subalternidad de prácticas profesionales subsidiarias.

Si es correcta la relación que establezco entre afirmación y ampliación de derechos sociales e institucionalización del Servicio Social, se deduce de ella que el desafío profesional central con que nos enfrentamos es el propio orden social contemporáneo, es una cuestión social con dispositivos recargados de producción y reproducción de pobreza y desigualdad, donde se reducen y recortan los derechos sociales. También es posible un ejercicio profesional que sin ignorar sus límites amplíe sus posibilidades, articulando su intervención con el movimientos de otras categorías profesionales y sintonizando sus acciones con las fuerzas sociales que operan en la sociedad (y a veces, al interior del Estado) para revertir las políticas y estrategias que conducen a la barbarización de la vida social.

Estoy convencido de que esta reversión es posible, aunque poco probable en el corto plazo. Pero ella es posible y probable en el mediano plazo si no dejamos para mañana lo que puede ser hecho hoy. En cuanto al largo plazo, yo podría invocar a Lord Keynes, a quien me referí hace poco: a él se le atribuye esta frase irritada, total “a largo plazo todos estaremos muertos”. Con todo, tampoco en esto pienso como Keynes - antes, prefiero la compañía de mi maestro G. Lukács que, al cabo de una vida de luchas y derrotas, insistía en ser, a largo plazo, un optimista.

Referencias

- ALAYÓN N.** (Ed) (2005) A 40 años de la Reconceptualización. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2005.
- AMIN Y HOUTART** (2004), *Mundialização das resistências: o estado das lutas em 2003*. S. Paulo, Cortez.
- AMIN, S.** (2003) Más allá del capitalismo senil. Paidós, Buenos Aires, 2003).
- ANTUNES, R.** (1999). *Os sentidos do trabalho*. S. Paulo, Boitempo.
- ARRIGHI, G.** (1997) *A ilusão do desenvolvimento*. Petrópolis, Vozes, 1997 e, ainda.
- ATKINSON, T.** (1998) “La pauvreté et l’exclusion sociale en Europe”, en *Conseil d’Analyse Économique, Pauvreté et exclusion*. Paris, La Documentation Française.
- AVELÁS NUNES, A.J.** (1991) *O keynesianismo e a contra-revolução monetarista*. Coimbra, Separata do Boletim de Ciências Económicas da Universidade de Coimbra.
- BANCO MUNDIAL** (1990) *World Development Report 1990. Poverty*. Washington, Banco Mundial.
- BATISTA, PN** (2004) *O Consenso de Washington. A visão neoliberal dos problemas latino-americanos*. S. Paulo, Expressão Popular, 2004.
- BID** (1998) *Progreso Económico y Social de América Latina*. Washington.
- BOBBIO, N.** (1990), *L’età dei diritti*. Torino, Einaudi.
- BORGIANI, E; GUERRA, Y; MONTAÑO, C.** (eds.); (2003), *Servicio Social Crítico: hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. S. Paulo, Cortez.
- CASTEL, R.** (1998) *As metamorfoses da questão social. Uma crônica do salário*. Petrópolis, Vozes.
- CASTEL, R; WANDERLEY L; BELFIORE-WANDERLEY M.** (1997) *Desigualdade e a questão social*. S. Paulo.
- CELATS** (1983) *Servicio Social en América Latina. Balance y perspectivas*. Lima, Ediciones Celats.
- CHOSSUDOWSKY M.** (1999) *A globalização da pobreza. Impactos das reformas do FMI e do Banco Mundial*. S. Paulo, Moderna.
- CAMPOS, BARBOSA, POCHMANN, AMORIM & SILVA** (orgs.) (2004) *Atlas da exclusão social. Volume 3. Os ricos no Brasil*. S. Paulo, Cortez, 2004.
- DREIFUSS, A.** (1996) *A época das perplexidades. Mundialização, globalização e planetarização: novos desafios*. Petrópolis, Vozes.
- ENGELS, F.** (1986) *A situação da classe trabalhadora na Inglaterra*. S. Paulo, Global.
- EUROSTAT** (1998) *Task force meeting on social exclusion and poverty*. Doc. E2/TFSEP/1/98, Doc. E2/TFSEP/4/98 e Doc. E2/TFSEP/3/98. Luxembourg, Commission Européenne.
- FALEIROS, V:P.** (1997) *Estratégias em Serviço Social*. S. Paulo, Cortez.
- FITOUSSI J.P E P. ROSANVALLON,** *Le nouvel âge des inégalités*. Paris, Seuil, 1996 (esp. II, 3).
- FOSTER, J.B.** (2000) *Marx’s Ecology: Materialism and Nature*. New York, Monthly Review Press.
- GRAMSCI, A.** (2000) *Cadernos do cárcere*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2000, vol. 3.
- GRUPO DE LISBOA** (1994) *Limites à competição*. Lisboa, Europa-América.
- HARVEY, DAVID.** (2005). *O Novo Imperialismo*. 2. ed. São Paulo: Loyola.
- HOBBSAWM, E. J.** (1992) in R. Blackburn (org.), *Depois da queda. O fracasso do comunismo e o futuro do socialismo*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- HOBBSAWM E. J.** (1995) *Era dos extremos. O breve século XX. 1914-1991*. S. Paulo, Cia. das Letras.
- HOBBSAWM, E.J.** (2002) *Tempos interessantes. Uma vida no século XX*. S. Paulo, Cia. das Letras.

- IAMAMOTO, M.V.** (1992) Renovação e conservadorismo no Serviço Social. Ensaios críticos. S. Paulo, Cortez, parte III.
- KEYNES, J. M.** (2004) em I. Mészáros, O poder da ideologia. S. Paulo, Boitempo.
- LAURELL A. C.** Ed. (1995) Estado e políticas sociais no neoliberalismo. S. Paulo, Cortez/CEDEC, 1995 e
- LAVINAS L Y GARCIA, E.** (2004) Programas sociais de combate à fome: o legado dos anos de estabilização econômica. Rio de Janeiro, UFRJ.
- LOSURDO, D;** (2004) Democracia ou bonapartismo. Rio de Janeiro/S. Paulo, UFRJ/UNESP.
- LÖWY, M.** (2000) Nacionalismos e internacionalismos da época de Marx até nossos dias. S. Paulo, Xamã.
- MANDEL, E.** (1982) O capitalismo tardio. S. Paulo.
- MANDEL, E.** (1990) A crise do capital. Os fatos e sua interpretação marxista. S. Paulo, UNESP/Ensaio.
- MARX, K.** (1984) O capital. Crítica da economia política. S. Paulo, Abril, vol. 1, tomo 2, cap. XXIII.
- MÉDA, D.** (1999) O trabalho. Um valor em vias de extinção. Lisboa, Fim de Século, 1999.
- Mello, A.F (1999) Marx e a globalização. S. Paulo, Boitempo.
- MÉSZÁROS,** (1987) A necessidade do controle social. S. Paulo, Ensaio, 1987.
- MÉSZÁROS, I.** (1995) Beyond Capital. Towards a theory of transition. London, Merlin Press, 1995 (esp. parte I, 2).
- MONTAÑO, C.** (1998) La naturaleza del Servicio Social. S. Paulo, Cortez.
- MONTAÑO, C.** (2002) Terceiro setor e questão social S. Paulo, Cortez, 2002.
- NETTO, J.P.** (1993) Crise do socialismo e ofensiva neoliberal. S. Paulo, Cortez, 1993.
- NETTO, J. P E BRAZ, M.** (2006) Economia Política: uma introdução crítica.
- NETTO, JP.** (2001) Capitalismo monopolista e Serviço Social. S. Paulo, Cortez.
- PASTORINI, A.** (2001) A categoria “questão social” em debate. S. Paulo, Cortez, 2004 e Temporalis. Brasília, ABEPSS, año 2, Nº 3, jan-jul. de 2001.
- PETRAS, J.** (1999) Neoliberalismo: América Latina, Estados Unidos e Europa. Blumenau, FURB, 1999.
- PRZEWORSKY, A.** (1985) Capitalism and social democracy. Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- PNUD,** Relatório do desenvolvimento humano 1997. Lisboa, Trinova.
- PNUD,** Relatório do desenvolvimento Humano 2005. Lisboa.
- RIFKIN, J.** (1995) O fim dos empregos. S. Paulo, Makron Books.
- ROSANVALLON, P.** (1981) La crise de l'État Providence. Paris, Seuil.
- ROSANVALLON, P.** (1995) La nouvelle question sociale. Paris, Seuil.
- SADER, E & GENTILI P.** (1995) (orgs.), Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- SALAMA, P. & DESTREMAU, B.** (1999) O tamanho da pobreza. Economia política da distribuição de renda. Rio de Janeiro, Garamond.
- SALAMA P. & DESTREMAU, B.** (1999) O tamanho da pobreza. Economia política da distribuição de renda. Rio de Janeiro, Garamond, 1999.
- SANTOS, BOAVENTURA DE SOUSA** (1997) Pela mão de Alice: o social e o político na pos-modernidade. Sao Paulo. Cortez, 1997.
- STAHEL, W.** (1995) em Cavalcanti, (ed). Desenvolvimento e natureza: estudos para uma sociedade sustentável. S. Paulo/Recife, Cortez/Fundação Joaquim Nabuco.
- SOARES, LAURA TAVARES RIBEIRO** (1998) Ajuste neoliberal e desajuste social na América Latina / Neoliberal agreement and social disagreement in Latin America. Rio de Janeiro; Escola de Enfermagem Anna Nery; jan.1998. 630 p.
- TAVARES E, MC; FIORI, JL.** (1993) (Des)ajuste global e modernização conservadora. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1993.
- TAVARES L. S.** Os custos sociais do ajuste neoliberal na América Latina. São Paulo: Cortez, Coleção questões de nossa época, Nº 78, 2000.
- VEREA M & NÚÑEZ, S,** ed. (1997) El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendências y perspectivas hacia el fin del milenio. México, UNAM/CISAN.
- WACQUANT, L.** (2002) Punir os pobres: a nova gestão da pobreza nos Estados Unidos. Rio de Janeiro, Revan/ Instituto Carioca de Criminologia.